

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbado, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 244

25 cts.



**LA VENUS
AMERICANA**

POR
ESTHER RALSTON
Filmoteca
de Catalunya

13

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12

Administración | Teléfono, 4423 A

Año V

BARCELONA

N.º 244

LA VENUS AMERICANA

Preciosa comedia americana,
interpretada por la bellísima estrella

ESTHER RALSTON

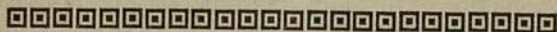
Producción

PARAMOUNT

Distribuída por

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CULLEN LANDIS



LA VENUS AMERICANA

Argumento de la película

En su magnífico estudio, el pintor Benda daba sus últimos toques a un cuadro de proporciones grandiosas. Representaba un asunto de la mitología griega y hermosas mujeres guardaban, desnudas, una actitud recatada de arte, rindiendo adoración a la que personificaba la Venus.

Llevaban ya cinco horas de "pose", cuando el artista dió por terminado su trabajo. Sentía la satisfacción que experimenta el creador al contemplar su obra, pero una expresión de contrariedad brillaba en su rostro.

—¿Qué tienes? — le interrogó uno de sus amigos—. ¿No estás contento? Has realizado algo sublime; no pueden ponerse peros a tu cuadro.

—Sí, comprendo que mi obra sería perfecta si no fuera la Venus... No he encontrado todavía una mujer que pueda inspirar esa figura...

—Querido Benda, lo mejor que puedes hacer es

Prohibida la
reproducción

*Revisado por la
censura gubernativa*

fijarte en las proporciones de la Venus de Milo y seguir las.

—Sí, pero ¿dónde voy a encontrar yo a una mujer, hoy día, que tenga las proporciones de la Venus inmortal?

—¿Por qué no empleas mi periódico para ver de encontrar a una Venus americana?... Yo podría organizar un concurso con el Desfile de Bellezas que se está haciendo en Atlantic City.

—Quizá no estaría mal la idea...

Se asomaron al balcón desde el que se perfilaba la silueta blanca de la vecina ciudad. Anochecía; sobre los terrados los anuncios brillaban, dorados por mil luces eléctricas. Apareció ante ellos un letrero rápidamente encendido, con una combinación de colores:

“Crema de Belleza NILES”.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios del pintor.

—¿Cómo puedes creer que vas a encontrar una nueva concepción de belleza perfecta en un país que empiezo por profanar el cielo?

—¿Por qué no?... Quién sabe si en esta misma ciudad se oculta la mujer que pudiera inspirar tu cuadro. Todo es cuestión de oportunidad.

La Crema de Belleza Niles se elaboraba en el pueblo de Centerville. Las oficinas de Hugo Niles y Compañía eran las mejores de la población.

Hugo Niles, su presidente, era uno de esos negociantes capaces de robar a un hombre hasta la camisa y meterle después en la cárcel por faltar al decoro. Severo, duro en sus negocios, quería verse rodeado del más estricto orden. Había prohibido que se fumase en su despacho y no consentía que nadie contraviniera su prohibición.

Su hijo Horacio era el reverso de la medalla. Quiere decirse que no brillaba por sus dotes de organización comercial, y su padre no podía fiar al muchacho la dirección del establecimiento. La propaganda de la casa estaba encomendada a Chip Armstrong, joven listo e inteligente a quien Horacio no podía ver ni en pintura.

La población de Centerville se jactaba de poseer otra fábrica de crema de belleza, aunque ésta no contaba casi más que con el edificio. John Gray, su propietario, no permitía nunca que sus negocios le robaran el tiempo que tenía destinado para jugar.

Abandonando completamente la dirección de su empresa, dominado por el vicio del juego, iba camino de la bancarrota. Y de esta oportunidad se aprovechaba Hugo, acaparando toda la clientela del jugador.

Algunos compradores le permanecían todavía fieles, recordando los lejanos tiempos en que John Gray era un modelo de fabricantes. Y mientras probaba suerte en una última jugada, en compañía de varios amigos, la Oportunidad en forma de comprador le aguardaba en su despacho.

Tratábase de uno de los más ricos consumidores de los Estados Unidos. Procuraba entretener su esposa Mary Gray, una hermosa muchacha, hija de John, una de las siete mujeres de la tierra que son útiles además de ser bonitas.

—Si su papá no vuelve pronto, me iré a proponer el negocio a otro cualquiera.

—Es cuestión de pocos minutos, se lo aseguro. No puede tardar...

Pasó zumbando un aeroplano, dejando caer los papelititos luminosos de un anuncio.

—¿Qué es eso? — dijo Mary, recogiendo uno de ellos.

—¡Eso es tener talento! — respondió el comprador, después de enterarse de su contenido —. Anuncien ustedes así y entonces hablaremos de negocios como Dios manda.

—El buen paño en el arca se vende...

—Ahora, no, señorita. El anuncio es la base de la gloria. Ustedes harán la mejor crema de belleza del mundo, pero, ¿de qué les sirve, si no la anuncian y nadie la conoce?...

El comprador aguardó todavía un rato, pero ante la tardanza de John se marchó sin atender las súplicas de la joven. Ella le despidió hasta el patio de la fábrica, llegando en aquel momento el automóvil de Niles, guiado por su hijo Horacio.

Niles tomó por su cuenta al comprador, llevándolo hacia sus dominios... Otro cliente que arrancaba a John. Su futuro consuegro tendría el día menos pensado que cerrar su establecimiento.

Porque Horacio Niles y Mary Gray eran novios, por si ustedes no lo sabían. Hemos de confesar que Mary hubiera querido que su futuro fuese hombre de carácter, no aquel muñeco insustancial que estaba fatigado siempre, por la mañana y por la noche, sin variación. Pero, como las cosas habían venido así, acaso instada por su padre Mary resignábase a ser la esposa de aquel joven "bien", poco agradable.

Por otra parte, el padre de Mary debía mucho dinero a Niles. Y el próximo casamiento de su hija le hacía pensar en la posibilidad de que todas aquellas deudas quedasen perdonadas.

Horacio, después de besar a su novia, la invitó a cenar aquella noche en su casa, junto con John.

—No faltes, alma mía.

—Iremos, si papá vuelve pronto... Está estos días atareadísimo con sus cosas...

—Tu padre va por mal camino, Mary.

—¡No digas eso!... Yo le quiero... Es mi padre...

—Bueno... bueno... dame otro beso, riquita...

Juntaron los labios, y Horacio lanzó su coche a toda marcha.

Armstrong, el nuevo jefe de propaganda de la casa Niles, había presenciado la escena desde una ventana de su fábrica, frontera a la de Gray.

—¿Es que estoy mareado o es que he visto al amo Horacio besando a una chica bonita?—exclamó, dirigiéndose a otro empleado.

—No se asuste. Es legal y conforme lo que ha visto... Están prometidos.

—¡Hombre! Lo lamento de veras... ¡Vaya mujercita!... ¡Qué suerte tienen algunos hombres!...

John Gray llegó a su despacho con aire satisfecho y alegre.

—He tenido un buen día, Mary... Acabo de ganar quinientos dólares...

—Sí, y seguramente has perdido cincuenta mil; Mr. Wilson ha estado esperándote más de una hora...

—Lo siento... ¡Este demonio de juego me domina!... Pero no; hay que ser fuerte alguna vez; no quiero volver a jugar...

—¡No lo creo!... Deberías hacerlo, pero llevas ya demasiado tiempo con ese vicio.

—¿Te juegas algo a que no vuelvo a jugar más?...

—Me parece que perderías... Y por cierto, esta noche vamos a cenar con los Niles. Nos esperan.

—¡Niles!... Me temo que ese hombre quiera absorber mi fábrica... El es el amo de todo...

—Si me caso con Horacio se acabarán todas tus preocupaciones....

—¡Quiéralo Dios!

Aquella noche asistieron a la cena de Niles. La fiesta resultó lánguida y aburrida, comenzando por Horacio, un hombre que era capaz de dormirse al lado de la novia.

Armstrong concurreció a la fiesta, y una simpatía irresistible le llevó junto a Mary, maldiciendo haber llegado tarde a la conquista de esta hermosa criatura, destinada a ser de otro. También la joven se sintió prendida en la vivacidad de Armstrong, comparándola mentalmente con la sosería característica de Horacio.

La señora Niles, flaca y enérgica mujer, procuraba animar con su charla la reunión. Entretanto Hugo y Gray hablaban de negocios.

—Por lo visto, no hay síntomas de que me pague usted mis letras, ¿verdad?—le decía sonriente Niles.

—¡Claro que no!... Puesto que mi hija va a casarse con su hijo, convenga que no debo apresurarme...

—¡Cómo se aprovecha usted del amor de los jóvenes, John!... En fin, venga por aquí mañana; renovaremos las letras para otra fecha...

Antes de media noche cesó la fiesta. Horacio se había dormido profundamente, y no despertó hasta ser rociado por el destape brusco de una botella de buen vino.

Armstrong había salido antes, no sin decir a Mary:

—Me gustaría que fuese a algún restaurant a bailar...

Cuando Mary y su padre se despidieron de los Niles, hallaron aguardándoles en plena calle a Armstrong.

—Señorita, comprendí que estaba usted muriéndose

por bailar; de modo que me pareció bien esperarla hasta que ese Tribunal militar la dejase salir...

—¡Oh, no es posible!... ¡Son más de las doce!...

—¿Y qué importa?... ¡Un día es un día!... Ande, señor Gray, les brindo mi automóvil; iremos a uno de los bailes más animados de la población...

Mary tenía deseos de aceptar, pero John no estaba muy decidido.

—Mire... lo jugaremos a cara o cruz — dijo de pronto, dominado por su eterna manía de fiarlo todo al azar—. Si sale cara, no iremos al baile.

—Será cruz...

—Entonces, le acompañaremos...

—Pues he ahí una moneda...

Armstrong, entusiasmado, hizo saltar al aire una moneda.

—¡Cruz, es cruz! — dijo riendo—. Lo prometido es deuda, señor Gray. ¡Al baile!

—Demonio, tiene usted razón... De usted es la victoria...

Y aquella noche prolongaron la velada en el baile. Y Armstrong y Mary se sintieron unidos por la simpatía más pura y deliciosa.

Al día siguiente, Mary, envuelta en un kimono, leía la prensa matinal. Una noticia a grandes titulares le llamó la atención:

CONCURSO NACIONAL DE BELLEZA PARA ENCONTRAR UNA VENUS AMERICANA

“Invitamos a Centerville a que tome parte en el Concurso que pronto se celebrará en Atlantic-City. Varios artistas famosos coinciden en las medidas tomadas como ideal. M. T. Benda, delegado de un grupo de artistas famosos, ha anunciado un concurso nacional para

la elección de una Venus americana. Exigen como guía las siguientes proporciones:

Altura, 66 pulgadas.

Cuello, 12 1/2.

Brazos, 28.

Muñecas, 6.

Busto, 34.

Cintura, 26 1/2.

Caderas, 37 1/2.

Pantorrilla, 12 1/2.

Tobillos, 8.

¿Son estas sus proporciones?... Si lo son, tiene usted todas las probabilidades de ser elegida como la Venus Americana."

Sonrió Mary, repentinamente animada, y el pájaro de la coquetería brincó en su corazón. Contemplóse al espejo, y se ruborizó al encontrarse muy hermosa. Y pensando que ella tal vez podría tener las medidas que exigía el concurso, con una cinta comenzó a abarcar sus brazos lindos y su cuerpo de bella iniciación esplendorosa.

El anuncio del concurso fué la comidilla de todo Centerville. Armstrong, en la oficina, entusiasmado por la idea, corrió a comunicársela a Hugo Niles.

—Ese concurso de belleza me ha dado un gran plan para la propaganda.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Verá usted. Buscaremos a una chica que tenga las medidas que piden, y nos será fácil hacerla vender en el Concurso de Centerville. Y entonces, si gana también en el concurso de Atlantic-City, haremos que declare que debe toda su belleza a la Crema Niles. ¿Qué le parece? ¿Quién no comprará la crema que embelleció a la mujer más hermosa?

—Es una idea bonita, Armstrong. Lo pensaré.

—Y figúrese lo que nos vamos a divertir... Concurso de mujeres preciosas... ¡El colmo! Y a propósito, ¿ha visto usted el último número de la Revista de Broadway?

—No.



...Y pensando que ella tal vez podría tener las medidas que exigía el concurso,...

—Pues mire usted...

Y puso sobre la mesa una revista ilustrada que por medio de un resorte adquiría movimiento. Las figuras femeninas de sus páginas salían del hueco de la fotografía, haciendo graciosas inclinaciones y gestos.

Hugo no podía ocultar su asombro.

—¡Estupendo!... ¡Magnífico!... — comentaba con entusiasmo.

Pero no todas las mujeres son iguales. Y al acercarse la señora Niles, Hugo ordenó retirara inmediatamente la revista comprometedora; diciendo, como continuando una conversación:

—Armstrong, dígame usted a ese señor que no podré aceptar la proposición que me ha hecho.

Llegaron en aquel momento John Gray y su hija Mary.

Armstrong se emocionó. De nuevo, frente a aquella hermosa mujer, que llevaba ya grabada en el corazón.

Horacio, malhumorado, la interrogó con una violencia rara en él.

—¿De modo que al fin fuiste al baile? Me lo han contado todo.

Imprecaba airado, con fiereza.

—Sí hubiera sabido que ibas a enfadarte tanto, no hubiese ido. Lo siento muchísimo — contestó Mary.

—No me explico cómo una mujer que tenga siquiera una idea de lo que es decencia, pudo hacer semejante cosa — continuó furioso.

Armstrong estuvo tentado de intervenir, cortando duramente la discusión. Pero se contuvo al observar que Mr. Gray tomaba cartas en el asunto.

—Ya te ha dicho que lo siente, hijo mío; así es que no tienes por qué quejarte tanto.

—Métase en lo que le importa. No tengo nada que hablar con usted.

—Pues yo no toleraré que insulte usted a mi hija, señor mío.

—Mantengo lo que dije. Y ya estoy cansado de portarme decentemente con semejante importuno, nada

más que porque me voy a casar con su hija — añadió mirando a sus padres y a Armstrong.

Mary quitóse rápidamente el anillo de prometida y lo entregó a Horacio, diciéndole:

—Ha sido una lástima que gastases tanto tiempo en ser decente con él, porque ya no te casarás con su hija. Vámonos, papá.

—Es que yo no quise decir...

—No me expliques nada. Bastante has dicho. Adiós...

Y salieron, dejando a Horacio tembloroso y pálido por su propia obra.

—Después de todo, Horacio — dijo su padre—, esa no es la mujer que tú te mereces.

—Tiene usted mucha razón — agregó riendo Armstrong —. La mujer que se merece Horacio no es esa, sino una titiritera.

Esta vez creyeron los Niles que el joven se había vuelto loco.

—¿Sabe usted lo que dice? — exclamó Hugo —. ¿Olvida usted los respetos que merecen las personas de esta casa?

—No me diga más, se lo ruego. Ya sé que voy a quedar despedido. Muy buenas noches... Y... cuidado con la Revista de Broadway, señor Niles; no vaya a sentarle mal.

Y cogiendo alegremente el sombrero, salió de la casa. Mary acababa de reñir con Horacio. Y eso quería decir que Mary podría ser suya. ¡Oh, la vida le parecía de color de rosa!

Los Niles pensaban, en verdad, que el mundo estaba trastornado.

En el hogar de los Gray reinaba aquel día peor humor que en la sala de espera de un dentista. Ante los

libros de cuentas, padre e hija se horrorizaban al observar las deudas contraídas con Niles.

—No podemos variar los números, y bastante suerte tendremos si Niles nos deja para pagar el tranvía— comentó Mary.

—No te apenes por eso. Si no hubieses plantado a



—No te apures por eso. Si no hubieses plantado a ese necio de Niles le hubiera despedido yo, y el final sería el mismo.

ese necio de Niles, lo hubiera despedido yo, y el final sería el mismo.

Inesperadamente, llegó Armstrong.

—Señor Gray, vengo a ofrecerle el medio de ganarse un millón. Tengo una idea genial.

Mary le contemplaba sonriente, con admiración.

—Dígame usted — respondió John.

—Ante todo, ya no estoy en casa de Niles. Y mi idea la ha rechazado el fabricante, de modo que ya puede usted suponer que vale la pena.

—Hable, amigo Armstrong...

—Todo lo que tenemos que hacer es encontrar a una joven a propósito para entrar en el Concurso de Bellezas, y enviarla a Atlántic-City. Supongo que están ustedes enterados del concurso. Hoy habla la prensa de él...

—Sí, sí...

—Me parece una idea soberbia— comentó Gray alegremente.

—¿Tiene usted a mano algún periódico, Mary? — dijo el joven —. Quiero ver de nuevo las condiciones.

Mary le entregó un diario que Armstrong comenzó a leer, quedando maravillado al ver que junto al anuncio de las medidas que debía tener la agraciada, estaban otros números escritos en lápiz:

Altura, 66 — 65 1/2.

Cuello, 12 1/2 — 12 1/7.

Brazos, 28 — 28.

Muñecas, 6 — 6.

Busto, 34 — 33 1/2.

Cintura, 26 1/2 — 26 1/4.

Cadera, 37 1/2 — 37.

Pantorrilla, 12 1/2 — 12 1/4.

Tobillos, 8 — 8.

—¡Por vida de San Pedro! — exclamó —. ¿De quién son estas medidas?

Mary, sonriente, contestó:

—Son mías... Por curiosidad...

—¡Válgame Dios! ¡Ya tenemos la chica que nos dará la victoria! ¡Queda usted elegida!

—¡Oh, esto es demasiado! — dijo Mr. Gray —. La primera idea de usted estaba bien, pero mi hija...

—Piénselo, señor Gray. ¿Qué mujer va a resistirse a comprar la crema hecha por el papá de una Venus Americana? Desde hoy seré yo el jefe de su propaganda, y venceremos a ese orgulloso de Niles.

—No sé, no sé...

—No lo piense usted más. ¿No vé que es la única salvación para pagar a ese cocodrilo antes de que se apodere de su fábrica?

—Papá, yo estoy dispuesta a ello. Vamos a probar fortuna...

—Bueno, amigo Armstrong; desde hoy usted dirigirá mi fábrica. Adelante — dijo Gray convencido. Y le tendió la mano amistosamente.

**

Durante las semanas que precedieron al concurso, Mary se puso en manos de su entrenador, Armstrong, cuyo interés no era del todo comercial.

Y unos días después, Mary ganó el concurso y un billete para Atlántic-City.

Todo Centerville fué a la estación a despedir a la vencedora. Armstrong estaba radiante. Mr. Gray, emocionado, no cesaba de besar a su hija. ¿Lograría definitivamente el triunfo, y con él la prosperidad en los negocios?

Desde una de las ventanas de su oficina, Hugo Niles y su hijo Horacio contemplaban la entusiasta despedida. Wilson, el antiguo cliente de Gray, no podía ocultar su asombro.

Horacio, despechado por el éxito de su antigua novia, comentó:

—Me parece que esto es terriblemente vulgar.

—¡Es un negocio!... Gray tendrá miles de pedidos si su hija gana.

—Francamente, señor Niles — dijo Wilson—; si

Miss Mary gana en Atlántic-City, mi casa comprará sólo a Gray.

—No ganará.

—¡Quién sabe!

Arrancó el tren, y Mary y Armstrong salieron hacia la conquista de la gloria, aturcidos por el éxito clamoroso de la despedida.

En la oficina de Niles, padre e hijo seguían comentando aquella prueba audaz de su rival.

—Si gana — decía Hugo —, Gray podrá pagar las letras y aún peor: se llevará la mitad del negocio que ahora tenemos nosotros.

En la mente de Horacio brilló una idea.

—¿Por qué no vas tú mismo a Atlántic-City, hablas con la vencedora más probable y consigues que ella declare que nuestros productos son los mejores del mundo?

—¡Admirable, Horacio! ¡Por fin te reconozco, hijo mío! Has tenido una buena idea. Voy a salir para Atlántic-City. Pero, sobre todo, no se lo digas a tu madre; si te pregunta, infórmale que he tenido que ausentarme llamado por varios clientes.

—Sí, papá. Es necesario hacerles ver a los Gray que nosotros somos los primeros.

Y aquella misma noche, Hugo Niles abandonaba Centerville, en dirección a la alegre Atlántic-City.

La hermosa población de Atlántic vivía uno de sus más hermosos espectáculos. Gentes de todos los lados del país se habían congregado en sus playas.

Mary, aleccionada por Armstrong, se disponía a tomar parte en el concurso de bellezas.

—Se lo aseguro, Armstrong. Tengo miedo. He visto tantas mujeres bonitas, aquí...

—¡Ninguna como usted, Mary!

—¡Bah, a usted le ciega la simpatía!

—No lo crea. Veo con la luz pura de la verdad. Pero no es únicamente la simpatía lo que inspira mi fe. Es algo más, en fin, quiero evitar rodeos. ¿No lo ha comprendido todavía? Estoy enamorado de usted.

—Pero, Armstrong... esto es una imprudencia.

—No, Mary. El amor es quien me llevó a tu lado, te amaba cuando eras de Horacio Niles. Hoy que vuelves a ser libre, te idolatro. ¡Mary, Mary, piensa en tu padre... y en mí! Quisiera ser el marido de la mujercita más hermosa de mi tierra...

—Armstrong, yo no sé si debo decírtelo, pero... también... te adoro.

Y sus labios se fundieron en el más encendido de los besos, proclamando su gloria de amor.

Aquella tarde debía efectuarse el desfile de las vencedoras de concurso de diez ciudades distintas. Un enorme gentío se aglomeraba en las calles donde debía pasar la linda manifestación.

En una de las tribunas, Armstrong, con sonrisa triunfal, veía desfilar el magnífico cortejo. Pasaron las diez vencedoras, sobre carrozas regias, con majestuosa esplendor. El joven tiró varios besos a su Mary, la más hermosa de las reinas. Sí, todas ellas eran bonitas, pero como su amada, ninguna.

Su sorpresa fué extraordinaria al divisar entre el gentío a Hugo Niles. ¡Vaya con el fabricante! ¿Conque también le gustaban las bellezas, más o menos vestidas, de Atlántic-City?

La prensa y el jurado parecían demostrar una cierta inclinación hacia Miss Bayport, una de las concursantes, deliciosa y frágil muñeca, muy modernista. Al leer Hugo Niles la noticia en los periódicos de que

Miss Bayport era la favorita al primer premio, optó por visitarla cuanto antes.

Le ofrecería algunos cientos de francos para que firmase un autógrafo asegurando que debía su triunfo a la crema Niles. Y Mary y su padre tendrían que regresar a Centerville en el mayor de los ridículos.

Y Niles no perdió un minuto para ponerse al habla con Miss Bayport, en su hotel. Pero ella, mujer muy práctica en los negocios de la vida, le contestó con una sonrisa turbadora:

—Perfectamente, señor Niles. Deme usted diez mil dólares, dos mil por adelantado, y si triunfo diré todo lo que usted quiera sobre su producto de tocador. Aunque, lo confieso, no lo he usado en mi vida.

—No importa. Cerremos trato... aunque usted abusa un poco de su situación.

Llamaron.

—Es el director del Concurso — dijo Miss Bayport —. Si lo encuentra a usted aquí, me descalificará.

—No creo que tenga tanta importancia mi visita.

—Por lo que pudiera tronar, salga usted por esa puerta, y aguárdeme. Me ha de dar usted el cheque de los dos mil dólares. Espéreme un momento.

El señor Niles, malhumorado, esperó en uno de los saloncitos del hotel, contiguo a las habitaciones de Miss Bayport, pero su sorpresa fué inenarrable al toparse con su propia esposa.

—¿Tú aquí? — interrogó asombrado—. ¿Cómo has venido?

—En el tren, como tú. De modo que tus negocios te llevan a Atlántic-City, ¿eh? ¡Vaya con el señor!... ¡Y a tu edad!... ¡parece mentira!... ¡Buen ejemplo darás a tu hijo!

—Sé razonable, mujer. Se trata de aumentar nuestros negocios...

—Nada, nada. Tú te vuelves conmigo a Centerville en el primer tren que salga.

Pero la que salió en aquel momento fué Miss Bayport, envuelta en un oscuro kimono.

Hugo corrió hacia ella y su cuerpo amplio y vigoroso cubrió instantáneamente el cuerpo menudo y breve de la mujercita. Así fueron andando por el salón, procurando siempre impedir que la esposa descubriese la personilla que estaba detrás de él. Luego se reclinó en un diván, y junto a él, a su espalda, apelonada como un ovillo, agazapóse Miss Bayport, quien varias veces tiró de la americana a Niles, como preguntándole qué significaba aquella comedia.

Por fortuna, la señora Niles no llevaba puestos los lentes, y aunque le pareció, cuando su esposo levantóse del diván para ir a la puerta, ver de repente una figura de mujer, convencióse de su absurda visión al requerir los anteojos y comprobar que su marido estaba solo. En aquel momento, Hugo, siempre cubriendo a Miss Bayport, había conseguido que ésta abandonara la habitación. ¡Por fin podía respirar! ¡Valiente compromiso si llega a descubrir a la muchacha!

Aquella noche, en el Teatro Pier celebróse un gran festival de cuadros plásticos, escogidos para mostrar las posibilidades de cada concursante.

Fuó un alarde de riqueza y buen gusto. Aparecieron cuadros representando Romeo y Julieta, sirenas, esclavas de harem, el "boudoir" de una mujercita coqueta. Y todo con un lujo, con una suntuosidad maravillosa.

Hugo Niles y su mujer habían regresado en automóvil a Centerville. Habían acompañado a su casa a

John Gray, levemente herido en un accidente de automóvil. Y a pesar de la antipatía que reinaba entre los dos fabricantes, le atendieron con cariñosa solicitud. Por fortuna, la herida era leve, unas contusiones sin importancia.

Hugo explicó a sus amigos lo sucedido:

—Lo encontré en la carretera. Iba guiando su Ford y no hacía más que chillarme que me ganaría en velocidad y que se jugaba cuanto yo quisiera a que vencía... De pronto, cayó dentro de una zanja.

John refunfuñaba, quejándose de agudos dolores en el pié.

—Debemos telegrafiar a su hija para que venga en seguida — dijo Niles a Horacio.

—No se les ocurra hacer esto — protestó John —. No tengo más que algunos cardenales sin importancia.

Niles estuvo meditando un serio proyecto. Precisamente las cosas no iban tan bien como parecía. Acababa de leer en un periódico que se aseguraba que Miss Gray sería la probable vencedora del concurso nacional.

La Venus americana iba a elegirse al día siguiente, a las 4 de la tarde. Si vencía Mary, Niles se arruinaría. Su única esperanza estribaba en que venciera Miss Bayport. Pero Mary era tan bonita... Y una idea tenaz, insistente, comenzó a atormentarle.

Para impedir que venciera Mary, la mejor solución era que no se presentase al concurso. Era necesario hacerla retornar a Centerville con cualquier excusa. ¿Y qué pretexto más oportuno que el accidente ocurrido a su padre? La mandaría a buscar, poniéndole un telegrama alarmante, de los que no admiten espera. Y ya el campo libre, Miss Bay-

port, considerada como una de las favoritas, obtendría, sin réplica, la victoria.

Entretanto, en Atlántic-City, Mary Gray sentíase prendida en los encantos que acompañan a la popularidad. La habían dicho tantas veces que era bonita, que esperaba, confiadamente, el triunfo. Aquella noche debía realizarse otra gran función de teatro, en que las concursantes se presentarían vistiendo trajes riquísimos, en una función de homenaje a la Moda.

—Me asusta el pensar en la función de Moda de esta noche — decía a Armstrong —. La dirige un director de películas y ya sabes cómo es esa gente.

—No te apures, querida; pasa mirando al público con cara despectiva, y obtendrás un triunfo.

Todas las concursantes al premio de belleza habitaban el mismo hotel... Mary había simpatizado mucho con una hermosa muchacha que representaba a California. Al revés de las otras mujeres que se miraban entre sí con el odio reconcentrado de las rivales, Miss California y Mary se sentían atraídas por una amistad sincera. Espontáneamente se habían comunicado sus impresiones, y cada una, cosa bien rara, encontraba méritos a la otra. Aquella tarde, Mary entró en el cuarto de su amiga y la encontró llorando, presa de un infinito desconsuelo.

—Pero, ¿qué tienes?... ¿Estás enferma?...

—¡Ay, Mary! Me da vergüenza llorar así, ¡pero si vieras el traje que me han mandado para la fiesta de esta noche!... Es blanco, y este color me sienta horriblemente.

—¡Oh... vamos... creí que era algo peor!... No llores por tan poca cosa, chiquilla. Tal vez el mío te quede mejor. Es rosa... Y a mí me gusta mucho el blanco. Podemos cambiarlo.

Fué a buscar el suyo, un traje de hermosa seda rosada, y se lo entregó a su amiga.

Se vistió. Le sentaba a las mil maravillas.

—¿Ves? Ya está todo arreglado... No te preocupes más... créeme...

—Mary, ¡qué buena eres!... Quisiera ser siempre tu amiga, no separarme de ti nunca...



—Pero ¿qué tienes? ¿Estás enferma?

Su conversación fué animándose con todas las gratas sorpresas de la confianza. ¿Quién vencería?... Pero, fuera una u otra la vencedora, las dos reconocían de antemano la legitimidad del triunfo.

La Función de Moda fué uno de los espectáculos que se recuerdan toda la vida. Lujo, animación, color,

hermosas mujeres vestidas con las más fastuosas y espléndidas "toilettes", criaturas preciosas, enjoyadas y suaves. Mary triunfó plenamente. Ante el elegante público, paseó en el escenario su gloriosa belleza rubia. Y esta exposición de hermosas mujeres, vestidas con trajes de un lujo asiático, era matizada por las lindezas



—¿Ves? Ya está todo arreglado. No te preocupes más...

de un prestidigitador que hacía aparecer y desaparecer a su antojo las lindas criaturas.

Fué una fiesta inolvidable, algo extraordinario y sin par. Pero, después de la función, al retirarse Mary a su hotel acompañada de Armstrong, un telegrama urgente hizo aparecer ante sus ojos la triste realidad. El despacho decía:

"Miss Mary Gray. — Hotel Kinchebocker. — Su padre herido gravemente en un accidente. Venga en seguida. — Niles."

—¡Oh, Dios mío! — gimió Mary—. ¿Qué hacer ahora?... Es necesario correr al lado de papá; no puedo aguardar un minuto...

—¡Qué contratiempo! — respondió Armstrong.

—Lo primero del mundo es mi padre. ¡Nada me importa en el mundo sin él!

—Tal vez pueda arreglarse todavía... Aún puedes estar aquí para el fallo final... Hay tiempo hasta mañana a las cuatro de la tarde... No perdamos minuto... Lo malo es que no hay tren para Centerville hasta mañana... Tomaremos un coche.

Salieron los dos velozmente, arrastrados por un vértigo desenfrenado, hacia Centerville. Era una carrera loca, acuciada por la necesidad. Estuvieron cien veces a punto de volcar o de caer a un abismo. Pero nada les importaba; la fuerza de las circunstancias les daba ánimos para todo.

En seis horas hicieron el viaje, llegando por la mañana a Centerville. Corrieron a casa de Gray, encontrando a éste tranquilo. Estaba casi del todo bien y podía andar perfectamente.

—¿Por qué has venido? — dijo John —. Mañana se falla el concurso... ¿Qué significa eso?

—¡Papá, por Dios, si he recibido un telegrama de Niles diciéndome que tú estabas gravemente herido!

—¡Ah, el canalla!... Comprendo su plan... Envió ese telegrama para quitarte de en medio.

—Pues no debe salirse con la suya — añadió Armstrong—. Vámonos otra vez a Atlántic-City; apretando un poco, llegaremos todavía a tiempo.

—Yo iré más tarde, en el tren, a tiempo de presenciar la apoteosis del triunfo — dijo John.

Y los dos muchachos, en un coche, partieron velozmente hacia Atlántic-City. Pero Hugo Niles se dirigía también hacia esta población. Se proponía presenciar la victoria de su amiga Miss Bayport.

Corrían los dos coches como rayos. El automóvil de Armstrong tuvo que detenerse para reponer gasolina. Pero el depósito, a consecuencia de haber caído en él una chispa de cigarro, se inflamó, incendiándose el coche y quedando completamente inservible.

Entretanto, para buscar el verdadero camino, pues una parte de él estaba intransitable, Niles descendió del automóvil para pedir orientación a uno de los propietarios del pueblo. Mientras hablaba, un elegante individuo, que se había embriagado en una fiesta celebrada en cierta propiedad de los contornos, acercóse al coche de Niles, bajo los influjos todavía recientes de la borrachera, y subió, sentándose ante el volante.

Armstrong y Mary, que vagaban desorientados buscando un coche, al ver el de Niles se acercaron.

—¿Nos podría usted acompañar a Centerville? — le dijeron, tomándolo por el propietario.

—¡Ya lo creo!... Precisamente yo estoy haciendo un pequeño viaje hacia Cuba.

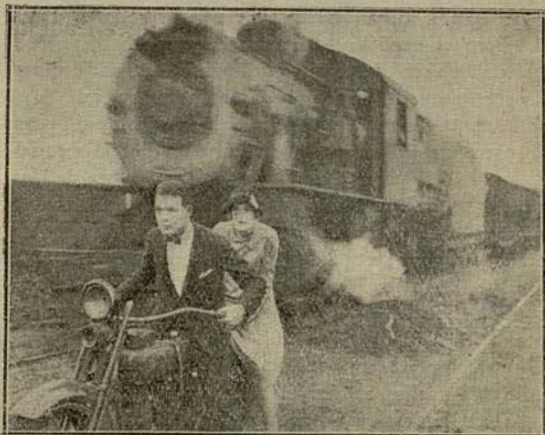
Y empuñando el volante, salió a toda velocidad. Los Niles, que observaron la maniobra, quedaron horrorizados.

Hugo, al darse cuenta de la desaparición del auto, dijo al propietario:

—Telefónee a la policía de Greentown que me han robado el coche.

Pero Hugo logró que le cediesen la motocicleta, y partió en persecución de los fujitivos.

Fué una carrera emocionante que duró varias horas. Armstrong y Mary pronto se dieron cuenta de que su conductor estaba completamente turbio, y tuvieron que hacer desesperados esfuerzos para qui-



Fué una carrera emocionante que duró varias horas.

tarle el volante. ¡Aquel hombre les hubiera conducido a la muerte!

Hugo, en la moto, les perseguía, dándoles casi alcance. Salvando obstáculos, esquivando peligros y encuentros difíciles, iban acercándose a Atlántic-City, perseguidos por Hugo y por la policía, ya sobre aviso de lo ocurrido.

Faltaba media hora para llegar a Atlántic-City.

El coche, en uno de los virajes, fué a empotrarse contra una valla. Armstrong y Mary rodaron un momento desorientados, buscando algún nuevo método de locomoción.

Había llegado la moto que conducía a Hugo. Este corrió hacia el automóvil vacío, contemplando las averías causadas en él.

—¡Ah, los miserables! — dijo —. ¡Cómo han dejado mi automóvil!

En estas consideraciones se hallaba, cuando le rodearon cuatro policías, procediendo a su detención. En vano intentó excusarse.

—Les aseguro a ustedes que yo no soy quien guiaba el auto... Esto es un error... El coche es mío...

—Esto ya lo aclarará usted en la comisaría, señor mío. Por el momento, nosotros venimos persiguiendo un auto que ha sido robado, y lo encontramos a usted con él... Ha de seguirnos...

Y Niles, desesperado, vióse obligado a dejar sus ensueños de llegar a Atlántic-City e impedir el triunfo de su enemigo.

Armstrong no perdía el tiempo. Descubriendo la motocicleta que acababa de dejar Hugo, se apoderó de ella, y con Mary reanudó la emocionante carrera.

Salvaron otros cien obstáculos... Pasaron, con peligro de muerte, ante un tren expreso que velozmente corría... Y llegaron finalmente a la playa de Atlántic-City, causando pánico a los paseantes... Estaban locos, ébrios de felicidad... Y poco antes de llegar a la meta, cuando la suerte parecía ya complacerles, la moto, en un falso viraje, fué a caer en un terraplén, desde gran altura.

Los dos quedaron heridos. Su esfuerzo había sido inútil... No llegaban a tiempo... En el teatro había

comenzado el concurso para elegir la Venus Americana... A ruegos de Miss California se había aguardado unos minutos esperando a Miss Gray "que no podía tardar". Pero como el retraso se prolongaba, decidieron fallar el concurso.

Trasladados al hotel, el médico diagnosticó que la



...el médico diagnosticó que la herida era de poca importancia.

herida era de poca importancia. Iba anocheciendo... Miss Gray, que acababa de llegar, estaba loca de rabia. ¡Todo inútil!

Les visitó Miss California con una sonrisa de triunfo.

—¡Pobre Mary!... ¡Te ha perseguido la mala suerte!

Lee el periódico...

Y Mary se enteró de que había sido elegida como

Venus Americana, Miss California, la cual respondiendo a las preguntas hechas para averiguar el secreto de su belleza, había dado sólo un nombre: Cold Cream Gray.

—Lo hice por ti... Sabía el interés que tenías por



Y Mary y Armstrong y se consideraron felices...

ello... Creo que si has perdido el premio, a lo menos el éxito de la crema Gray queda asegurado.

—¡Oh! Amiga mía — respondió Mary, emocionada—. Nunca te agradeceremos todos nosotros lo

que has hecho hoy. Estoy tan contenta como si hubiera ganado...

Y en medio del dolor del contratiempo, el gesto nobilísimo de Miss California había salvado la situación. La Crema Niles fracasaba... Miss Bayport no había obtenido el triunfo. Y en cambio los productos Gray tendrían la aureola de la popularidad. Y Mary y Armstrong se consideraron felices.

Comenzaron a llover pedidos sobre Gray y al regresar a Centerville, próximos ya a unirse en matrimonio los dos jóvenes, comprendieron que habían terminado para siempre las escaseces de otros días y que la crema Gray, en lo sucesivo, sería más conocida y admirada que la de Niles.

Y algún tiempo después Miss California sirvió de inspiradora al pintor Benda para personificar la Venus que el artista soñara.

FIN

LEA USTED
LA VIUDA ALEGRE

Mae Murray - John Gilbert